



Carta pastoral de la Conferencia Episcopal Nórdica

Queridos hermanos y hermanas

Este domingo se inicia un proceso de discernimiento que concierne a todos los católicos. "El Papa Francisco", se nos dice, "invita a toda la Iglesia a examinarse a sí misma y a su sinodalidad"(1) El concepto de "sinodalidad" ha recibido mucha atención en los últimos años. Se utiliza para justificar iniciativas que despiertan la esperanza en algunos, la preocupación en otros. ¿Qué significa la palabra? Es una palabra griega con dos partes. El prefijo syn- [συν] es una preposición que significa 'con' o 'junto con'. Lo reconocemos por una palabra común como "simpatía", una apertura a compartir el sufrimiento de alguien. El sustantivo hodos [ὁδος] significa 'camino'. Por lo tanto, un sinodo es un camino recorrido juntos. Significa un movimiento común hacia un objetivo común. No hay ningún valor especial en el mero hecho de estar en un camino; éste debe llevar a algún sitio. Tenemos que saber a dónde vamos.

Para nosotros, los cristianos, la simple y cotidiana palabra "Camino" conlleva ricas asociaciones. Los primeros discípulos de Jesús hablaban de la Iglesia simplemente como "el Camino". También era lo que otros llamaban. Hacia el final de los Hechos, cuando Pablo presenta un currículum concentrado a una multitud en Jerusalén, confiesa que, antes de conocer a Cristo resucitado, "había sido un enemigo mortal del Camino, apresando a hombres y mujeres y metiéndolos en la cárcel" (22:4). Los cristianos eran vistos como un grupo muy unido, que se movía en una dirección diferente a la de la mayoría de los demás. Se consideró una provocación peligrosa.

Cuando estudiamos la historia de la salvación, encontramos constantemente la imagen del Camino. La llamada a Abraham comenzó con la invitación a "ir a la tierra que te mostraré" (Génesis 12:1). A Abraham no se le dio un mapa con un destino y direcciones. El camino que debía seguir se le reveló en el trayecto. Lo mismo ocurrió, siglos después, con los Reyes Magos, que fueron conducidos paso a paso a adorar la gloria de nuestro Señor encarnado (Mt 2,1ss). Caminar es algo que el propio hombre hace con valor y esfuerzo. Pero el descubrimiento del objetivo depende de una revelación.

En el Antiguo Testamento, "el camino" es sobre todo el camino hacia la Tierra Prometida. En el Nuevo Testamento, el "camino" apunta a una persona, nuestro Señor Jesucristo. A partir de ahora, él es el verdadero polo norte al que apunta la aguja de la brújula de nuestra vida. Pero esto no es todo. Cristo no permanece separado de nosotros como la meta lejana de nuestro anhelo espiritual. Nos llama a ser uno con él. Por eso puede decir "Yo soy el Camino" (Juan 14:6). La sinodalidad más importante es nuestro caminar en unión con Cristo, esforzándonos por ser fieles a sus enseñanzas y a su ejemplo, sabiendo que "quien dice que permanece en él debe vivir como él vivió" (1 Jn 2,6). Como Cristo, debemos aprender a amar y servir "hasta el final" (Jn 13,1), a humillarnos y a ser

"obedientes hasta la muerte" (Flp 2,8).

La infinita belleza de la Iglesia se hace evidente cuando los cristianos, juntos, hacen visible y creíble el camino que Cristo nos ha trazado, cuando, con las gloriosas palabras de la tercera plegaria eucarística, nos convertimos en una Iglesia "peregrina en la tierra", fortificada en la fe y en el amor, unida entre sí, en unión con nuestros sacerdotes, en la alegría del camino hacia la patria celestial, donde finalmente veremos a nuestro Señor "tal como es", donde Dios eternamente "será todo, en todas partes" (1 Cor 15,1): 28).

¿Dónde estamos ahora en este compromiso común centrado en Cristo? ¿Cuáles son los obstáculos? ¿Qué nos nutre? Estas cuestiones están en el centro de nuestro discernimiento sinodal.

Para agudizar nuestro pensamiento y avivar nuestro anhelo, el Santo Padre ha dado a toda la Iglesia una maravillosa oración, *Adsumus*. (2) Sus raíces se remontan al siglo V. Una versión de esta oración fue leída por los Padres Conciliares antes de cada sesión del Concilio Vaticano II. La oración dice:

"Estamos ante ti, Espíritu Santo, reunidos en tu nombre, contigo como único guía. Siéntete como en casa en nuestros corazones. Enséñanos el camino que debemos seguir y cómo hacerlo. Somos débiles y pecadores; no permitas que hagamos un desastre. No dejemos que la ignorancia nos extravíe ni que la parcialidad influya en nuestras acciones. Permítenos encontrarte en nuestra unidad, para que juntos caminemos hacia la vida eterna y no nos desviemos del camino de la verdad y el derecho. Por todo esto te rogamos a ti, que actúas en todas partes y siempre, en unión con el Padre y el Hijo, por los siglos de los siglos. Amén."

Nos han dado un programa: ser el templo del Espíritu Santo, hacer de la Iglesia un digno tabernáculo de la gloriosa y salvadora presencia de Dios; mantener la mirada fija en la meta que estamos llamados a alcanzar: la unión con Dios en la comunión de los santos por toda la eternidad; seguir el camino que nos lleva a esta santidad, siendo siempre conscientes de nuestra tendencia pecaminosa a crear maldad y división, y por tanto pidiendo a Dios que nos convierta; amar la verdad y darle prioridad sobre cualquier pensamiento de estatus y conveniencia; buscar la unidad en Cristo, no en nada ni en nadie más, confiando en aquel que prometió estar con nosotros "hasta el fin del mundo" (Mt 28: 20).

Es fácil formular pensamientos sobre lo que otros deben hacer para responder a la llamada de Cristo a través de la Iglesia: centrarse en personas, estructuras y prácticas que nos irritan y nos parecen sin sentido. Lo hacemos todo el tiempo. Pero esta no es una forma de participar en el proceso sinodal. En cambio, todos debemos preguntarnos: ¿Cómo contribuyo a una Iglesia de amor y unidad? ¿Soy fiel a los mandatos de Cristo? ¿Puedo ser visto como un discípulo de Jesús a los ojos de los demás? ¿El Evangelio marca mi vida y mis relaciones? ¿Estoy construyendo puentes o cerrando puertas? Una vez le preguntaron a la Beata Madre Teresa de Calcuta qué debía cambiar en la Iglesia. Rápidamente contestó: "Tengo que cambiar yo", miró a quien le preguntaba y añadió (con una sonrisa, se podría pensar): "¿y tú?". (3) Si nos dejamos convertir y cambiar juntos, el Camino que compartimos se convierte en un camino feliz y fructífero. Lo recorreremos, no arrastrando los pies, sino con fuerza, con el corazón lleno del amor de Cristo.

Hermanos y hermanas, aprovechemos esta oportunidad para profundizar nuestra fe, fortalecer nuestra esperanza y hacer efectivo nuestro amor. Tertuliano, escribiendo a principios del siglo II, cuenta que los que no creían miraban a los cristianos y exclamaban asombrados: "¡Mirad cómo se aman!". (4) Debemos proponernos vivir así: hacer visible el amor de Dios. Ese es nuestro principal apostolado. Nuestra fe no puede reducirse a un modelo de sociedad perfecta de justicia y paz, a un

catálogo de respuestas convincentes a las preguntas difíciles de la vida.

Nuestra fe es una vida transformada en Cristo, liberada del dominio del pecado cuya consecuencia es la muerte, una vida iluminada por la esperanza de la resurrección.

Gracias al reducido tamaño de la Iglesia en los países nórdicos, conocemos bien los mecanismos de la sinodalidad. Los apreciamos. Vemos claramente en la vida diaria que debemos llevar, sostener, animar (y a veces reprender amorosamente) a los demás en nuestra peregrinación terrenal. Para ayudarnos a avanzar, la Santa Sede ha ofrecido una serie de recursos en el sitio web www.synod.va. Verán que es una fuente de inspiración. Pero para que todos nos impliquemos plenamente en este proceso, el Santo Padre desea sobre todo que todos nos tomemos en serio la llamada que fue el inicio del Camino: "Convertíos y creed en el Evangelio" (1,15). Este es el requisito previo para la sinodalidad. Porque, como leemos en la Didaché, un texto apostólico: "Hay dos caminos, uno hacia la vida y otro hacia la muerte, y hay una gran diferencia entre los dos caminos". (5) Es importante ver cuál es cuál. Es importante elegir el derecho y así también ayudar a los demás a elegir la vida y no languidecer en la sombra de la muerte (cf. Lc 1,79). Ciñamos nuestros lomos y preparémonos y declaremos la bendición de Cristo, nuestro Camino, nuestra Verdad, nuestra Vida, unos sobre otros. Y sigamos a él, al Cordero que es nuestro Pastor, dondequiera que vaya (cf. Ap 7,17; 14,4).

- (1) Las palabras son el título del sitio web oficial del Vaticano www.synod.va.
- (2) <https://www.synod.va/en/documents/adsumus.html>
- (3) Hecho citado en el discurso del Papa Benedicto XVI en Friburgo el 25 de septiembre de 2011.
- (4) Apologeticus 39,7
- (5) Didaché 1.1.

Bishop Czeslaw Kozon, Copenhagen, chairman.

Cardinal Anders Arborelius, OCD, Stockholm, vice-chairman.

Bishop Bernt Eidsvig, Can.Reg, Oslo

Bishop David Tencer, OFM Cap, Reykjavik

Bishop Prelate Berislav Grgic, Tromsø

Bishop Prelate Erik Varden O.C.S.O., Trondheim

Bishop Peter Bürcher, Bishop em. Reykjavik

Fr Marco Pasinato, Diocesan Administrator Helsinki